

LAS INQUIETUDES DE EUROPA
Reflexiones, sugerencias y utopías

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
ECONÓMICAS Y FINANCIERAS

LAS INQUIETUDES DE EUROPA

Reflexiones, sugerencias y utopías

DISCURSO DE INGRESO DEL ACADÉMICO NUMERARIO, ELECTO

EXCMO. SR. D. JOSÉ ÁNGEL SÁNCHEZ ASIAÍN
DOCTOR EN CIENCIAS ECONÓMICAS

en el acto de su recepción, 30 de noviembre de 1994

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO NUMERARIO

EXCMO. SR. D. CARLOS FERRER SALAT

B A R C E L O N A

1994

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	7
LAS INQUIETUDES DE EUROPA	12
LA IMPLOSIÓN EUROPEA	14
NECESIDAD DE REESTRUCTURAR LOS TIEMPOS DE CONVERGENCIA	16
TENDENCIAS Y FRONTERAS DE EUROPA	20
PARADOJAS Y CONTRADICCIONES EUROPEAS	23
CONSERVAR LO CONSEGUIDO	24
NECESIDAD DE CATALOGAR NUESTROS PROBLEMAS, DESAFÍOS Y COMPROMISOS	26
VIVIR LA IDEA DE EUROPA	31
LAS VISIONES DE EUROPA	34
LA ALTERNATIVA EUROMEDITERRÁNEA	35
INTERPRETAR MEJOR NUESTRA EUROPEIDAD	36
LA TERCERA ALTERNATIVA EUROPEA	38
¿POR QUÉ ESPERAR A 1996?	41
DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO NUMERARIO EXCMO. SR. D. CARLOS FERRER SALAT ...	47
PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y FINANCIERAS	55

EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE,
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS,
EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Al honor que hoy me hace esta Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras de Barcelona de recibirme como Académico, quiero responder con mi agradecimiento más emocionado. Agradecimiento a su Presidente, a los académicos que tuvieron la gentileza de proponerme como candidato, y a todos ellos por acogerme como miembro de esta prestigiosa Institución. Gracias también a quienes, con su presencia y su indulgencia, contribuyen hoy a ennoblecer y dar calor de amistad a este acto.

Y desde el recuerdo de su fructífero magisterio de gallego europeo y catalán, mi homenaje a quien fue mi antecesor en la Medalla que hoy se me otorga, Antonio Polo, profesor preocupado por la docencia dialogante, investigador metódico, y autor prolífico en materia de derecho, economía y empresa, Doctor Honoris Causa por la prestigiosa Universidad de Burdeos, y director, entre otras notables instituciones, de la Cátedra Consulado del Mar de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona. Fue Don Antonio, además de escritor bilingüe sobre temas económicos y jurídicos, traductor de libros tan notables como el «Tratado de Derecho Mercantil», de Cosack, «Principios de Derecho Económico» de Mossa o «El Derecho Económico» de Hedeman, muestra significativa de su permanente labor de «traductor de culturas», de integrador de saberes, de adaptador preocupado, desde su fina sensibilidad, por «ajustar las percepciones»

que en su tiempo había de la economía y el derecho mercantil desde ópticas diversas. De tal manera que muchas de sus obras escritas en fechas que hoy nos parecen tan lejanas como 1932 o 1958 mantienen todavía una frescura y una validez total en sus reflexiones y enunciados.

* * *

Debo confesar, a modo de introducción, mis dudas y mis preocupaciones a la hora de elegir, o más bien de encontrar para mi intervención un contenido adecuado al momento y a la relevancia de este acto, y al peso del simbolismo y de la tradición histórica y cultural de Cataluña, donde, como hace ya medio siglo señalara uno de los políticos españoles más lúcidos, «la democracia encuentra su apoyo en hechos del carácter y de la economía, y en la fuerza de su civilización urbana»¹. Porque, como dice Braudel², la diferencia entre la cultura y la civilización, es precisamente la ciudad.

Una civilización urbana, de la que desde tiempo inmemorial Barcelona fue paradigma, cuna de una de las más completas, sistemáticas y antiguas legislaciones de Occidente, Emporio del Mediterráneo, Consulado del Mar, y asiento acogedor de otros pueblos y culturas de Europa, de sus ciencias, de su arte, de sus técnicas. Y a cuyo desarrollo y esplendor contribuyó, y contribuye, con notables y reconocidas aportaciones.

Y ha sido precisamente ese simbolismo, esa magnífica tradición histórica y cultural de Cataluña, así como las particulares connotaciones de esta Real Academia, lo que me ha sugerido la oportunidad de hacer hoy un alto en el camino iniciado ya hace bastantes años en mis propias reflexiones y preocupaciones europeas. Reflexiones y preocupaciones que tienen un común denominador: la necesidad de responder a la pregunta de cómo será la próxima Europa.

¹ Azaña, M., *Mi rebelión en Barcelona*, Espasa Calpe, Madrid, 1935.

² Braudel, H., *Grammaire des civilisations*, Plon, Paris, 1984, p.134.

Es posible que ello pueda parecer una elección poco original, puesto que desde esta misma Tribuna, ilustres académicos han venido presentando brillantes análisis, en el contexto de los más recientes acontecimientos y situaciones generadas alrededor del Tratado de la Unión Europea ³.

* * *

En una especie de obsesión generalizada por intercambiarnos puntos de vista, nunca los europeos hemos hablado tanto de Europa y de su futuro. Se multiplican los «referenda», las concertaciones de los dirigentes políticos, las demandas de los empresarios, las opiniones de los expertos. Cada vez son más agrios los debates parlamentarios. Los medios de comunicación cubren ese espectáculo minuto a minuto. Pero, pese a todo ello, sin que se consiga hacer la luz entre opiniones cada vez más entrecruzadas.

Se habla, pues, mucho de Europa en Europa, aunque la realidad resulte que son más bien pocas las ideas nuevas, y que cada cual al final las que propone son las de su propio pasado. Ortega y Gasset decía que «en nuestra actitud política, en nuestro ser político pervive todo el pasado humano que nos es conocido» ⁴. Añadía, que «este pasado es pasado, no porque pasó a otros, sino porque forma parte de nuestro presente, de lo que somos en la forma de haber sido». Y posiblemente por ello, muchos de nosotros preferimos la comodidad de lo ya conocido, aunque cada vez sea más agudo el sentimiento de que nos encontramos frente a una situación de «malestar de civilización» ⁵. De cansancio frente a la, incertidumbre.

³ Quiero hacer aquí referencia especial a los discursos de ingreso en esta Academia de Matutes, J., *Europa, la nueva frontera*, 1991, y Ferrer Salat, C., *Europa y España: la lucha por la integración*, 1993.

⁴ Ortega y Gasset, J., *El tema de nuestro tiempo*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 148-149.

⁵ El término francés *malaise de civilization* incluye matices difíciles de verter al castellano. Se traduce aquí por «malestar», aunque en la literatura sobre Europa los autores emplean generalmente el texto francés.

Nadie debe sorprenderse, pues, de las dificultades, cada vez mayores, que tenemos para formular proyectos originales en el contexto europeo. Y sin embargo, esos proyectos existen, aunque también sea cierto que cada día cuesta más descubrirlos entre la maraña de las viejas burocracias, y de las inercias que los ocultan.

* * *

En todo caso, creo que no tenemos otro remedio que admitir que ya se está gestando una próxima Europa, y que el futuro se incorpora todos los días un poco a nuestro presente, a medida que una parte de nuestro pasado nos abandona. Porque, queramos o no queramos, los europeos estamos permanentemente haciendo Europa.

Y ya es hora de que reconozcamos que esa nueva Europa, que muchas veces inconscientemente estamos queriendo vivir los Europeos, debe ser, según el sentir de una gran mayoría, algo más que un gran mercado, algo más que un gran cliente que pretende reclamar un tratamiento especial de los proveedores del resto del mundo. Porque en el fondo, lo que todos, o lo que casi todos, estamos necesitando, es una Europa con inquietudes de Renacimiento. Renacimiento cultural. Renacimiento político. Y desde luego Renacimiento ético.

Un renacimiento que debe partir de nuestras inquietudes de europeidad⁶, provocadas por una sensación interna de debilitamiento continuo y progresivo del tradicional poder de irradiación europea hacia el resto del mundo. Y porque no podemos soportar por más tiempo vivir una Europa instalada en la franja gris de la Historia.

⁶ Se emplea aquí el concepto europeidad en el sentido de «consecuencia de un europeísmo activo». La europeidad sería el resultado de *estar permanentemente haciendo Europa* contemplado a la vez como propiedad individual en cuanto actitud intelectual de los europeos y como abstracción general de pertenencia a una comunidad cultural más allá de las fronteras geográficas o incluso geopolíticas de Europa, y desde luego, de la Unión Europea.

Un renacimiento que acepte que en la construcción de una Europa más feliz, importa más aflorar sin dramatismos, pero con ilusión, nuestras propias inquietudes, que tomar como punto de partida las a veces aparentes certezas previas.

Y desde este convencimiento, lo que voy a intentar aquí, esta noche, es precisamente sistematizar mis opiniones, mis dudas, y mis propias utopías, recopilando, o dando forma a ideas e inquietudes que he ido enunciando en otros momentos ⁷. Ideas, dudas, y utopías, que tienen a Europa, y a quienes nos sentimos culturalmente europeos, como plataforma de reflexión. Esperando que estas inquietudes personales puedan contribuir en alguna manera a propiciar la conveniencia, yo diría la necesidad, de iniciar un gran debate sobre una Europa más adecuada al futuro.

Una Europa más innovadora de sí misma, y al mismo tiempo menos inconsciente del peligro de olvidarse de que la innovación para dar sus frutos tiene siempre que sustentarse sobre tradiciones, percepciones, y logros, que toman el pasado y el presente por testigo.

⁷ Sin que ello suponga especial recomendación, quisiera remitir al lector a diferentes intervenciones académicas mías en las que Europa aparece como tema central de reflexión. *El futuro de Europa: algunas de las más importantes contradicciones*, X Aniversario IVAP, Bilbao, 29 de septiembre de 1993. *La Próxima Europa*, Discurso de clausura del XXV aniversario del Club de Roma, Hanover, 30 de noviembre de 1993. *Problemas fiscales que plantearía a España su asociación a la Comunidad Económica Europea*, Boletín de Estudios Económicos de la Asociación de Licenciados en Ciencias Económicas de la Universidad Comercial de Deusto, Bilbao, enero-abril 1962. *Reforma Económica y Crisis en la URSS*, Espasa Calpe, Biblioteca de Economía, Serie Estudios, Madrid, 1993. *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Curso Académico 1991-92, Madrid, 1992. *Repercusiones del proceso europeo de convergencia en el desarrollo tecnológico español*, CEDETI, abril, 1993. *El sistema financiero español ante la Unión Económica Europea*, Intervención en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 5 de marzo de 1992.

LAS INQUIETUDES DE EUROPA

He titulado por ello mi intervención «Las inquietudes de Europa: reflexiones, sugerencias y utopías». Y bajo este título, pretendo hacer es una descripción actualizada de las contradicciones y de las convergencias con las que nos estamos encontrando, día a día, en la permanente búsqueda de los factores de identidad europeos. O si se acepta el concepto, de lo que pudiéramos calificar como nuevos parámetros de la europeidad. Hace ya dos siglos que Kant señaló que las naciones europeas constituían individualidades históricas, culturales y lingüísticas heterogéneas, apuntando con sus inquietudes a un ideal al que quizás hoy nos estemos aproximando ⁸.

Pretendo hacer, también, un análisis, aunque sea elemental, de las tendencias que conforman esas inquietudes, y preparan los desafíos de nuestro futuro inmediato. Con la intención de ayudar a preparar un catálogo de los problemas europeos, que nos permita estudiar nuevas formas de conseguir nuestro interesamiento mutuo con los demás pueblos y naciones de Europa.

En todo caso, el objetivo final de mi intervención no es otro que insinuar desde una Academia, y desde Barcelona, un nuevo discurso sobre las inquietudes de Europa, que desde el Medievo fueron también las inquietudes de los pobladores de esta urbe catalana, como después lo serían las de toda España. Porque como hace pocos meses decía el historiador y catedrático emérito de la Uni-

⁸ La interpretación que generalmente se hace del razonamiento kantiano sobre Europa (heterogeneidad cultural, política y social) y sus deseos de una comunidad universal más allá del visceralismo nacional, no nos permite considerar al gran filósofo alemán como precursor de la europeidad, ya que se presupone que Kant era más bien escéptico respecto a este concepto. Sin embargo, la universalidad del pensamiento kantiano ha contribuido más que otras muchas reflexiones puntuales sobre Europa de pensadores europeos o no, a reforzar la imagen de la cultura europea entre propios y ajenos. Lo mismo podríamos decir de Baruch Spinoza, por ejemplo. Ver a este respecto el libro de Buchmann, A., Dray, J., Herzog, P. y Holande, F., *Changer d'Europe*, Syros, 1994, p. 45 y ss.

versidad de Harvard, Juan Marichal, Cataluña es un paradigma español ⁹.

Es muy posible que mis propósitos sólo tengan como valedor mi propio deseo de vivir con intensidad la idea de Europa. Deseo que se instala sobre cinco presupuestos básicos:

Primero. Creo que inventar la próxima Europa no es un proceso exclusivamente económico y financiero, en la medida que implica, sobre todo, desarrollar en nuestro continente un nuevo Renacimiento cultural y político.

Segundo. Dificilmente la próxima Europa será el resultado de un proceso burocrático. Porque sus garantías de buen fin exigirán más el protagonismo cívico de sus ciudadanos, que el del poder delegado por ellos. Y esto posiblemente requerirá, una mayor calidad democrática de las instituciones y de las estructuras.

Tercero. En la construcción de la próxima Europa, cada vez se está haciendo sentir con mayor fuerza la urgente necesidad de restituir y restablecer, desde una óptica más innovadora y más imaginativa, las funciones, la independencia, y las responsabilidades de algunas de las instituciones que mayor influencia tuvieron en el pasado en la formación del concepto europeo. Me estoy refiriendo principalmente a la Universidad, a las Academias, y desde la creciente importancia que están adquiriendo en nuestros días, a las organizaciones no gubernamentales, y a las Fundaciones independientes.

Cuarto. Diseñar la Europa del futuro nos está exigiendo comprender previamente, con suficiente claridad la Europa del presente, la Europa real. Es decir, nos está exigiendo un esfuerzo para levantar el manto bajo el que se esconden diferentes visiones, diferentes intereses, y diferentes, y muchas veces contradictorias, esperanzas de europeísmo.

⁹ Marichal, J., *Cataluña, paradigma español*, El País, 3 de agosto de 1994.

Y *Quinto*. Ya no hay duda de que nos encontramos inmersos en un proceso verdaderamente crítico en lo que hace referencia a los esfuerzos de unificación europea iniciados por el Tratado de Roma, y enunciados en el Tratado de Maastricht. Y tampoco la hay de que la salida de esta crisis debe ser una salida hacia una Europa más amplia que la actualmente comprometida en la Unión. Aunque, al mismo tiempo, es necesario reconocer también que esa nueva Europa, por múltiples y diversas razones, debe ser altamente tributaria de la actual Unión, como núcleo alrededor del cual instalar la nueva estructura europea del próximo siglo.

Y sobre estos cinco presupuestos, pretendo construir y desarrollar mi intervención de hoy.

LA IMPLOSIÓN EUROPEA

Debo empezar por reconocer que es un hecho evidente que este final de siglo se está caracterizando en el mundo por cambios de gran profundidad. Y no sólo son las estructuras político-administrativas las sometidas a grandes tensiones e incertidumbres, porque también en otros muchos planos se ensayan nuevas formas de organización, gestión, e interacción con el entorno. Por debajo de todo ello, y pienso que ésto es lo fundamental, son los propios ciudadanos los que se hallan empeñados en un esfuerzo por redefinir los múltiples papeles que hoy tienen que desempeñar, o a los que hoy tienen que hacer frente en nuestra sociedad. Y desde el ámbito familiar, al de la comunidad del país donde vivimos, pasando por el del trabajo, y por otros muchos espacios de convivencia, todos ellos se están viendo sometidos a adaptaciones de envergadura, que exigen una gran flexibilidad en las Instituciones, y desde luego una enorme plasticidad en las personas. Hasta tal punto, que cada día parece más urgente y más necesario reinventar no pocos de los papeles y de las funciones aprendidos en un pasado todavía no muy lejano, así como renovar el esquema conceptual desde el que contemplamos los nuevos datos y los nuevos problemas del presente.

Cuando después de un paréntesis de cuarenta y cinco años desde el último gran drama bélico europeo, se produjo el 9 de octubre de 1989 la caída del muro de Berlín, el evento fue considerado inicialmente como un claro mecanismo de libertad. Como un estallido de paz. Y sin embargo, hoy estamos viendo con bastante precisión, que lo que representa en realidad es un fenómeno de implosión política, económica y social en Europa ¹⁰. Porque si la explosión bélica de la Segunda Guerra Mundial produjo una terrible destrucción, la caída del muro de Berlín ha producido un preocupante vacío.

Parece, en efecto, como si una gran parte de los proyectos de la Europa Occidental se hubieran vaciado de su contenido, succionados por las apremiantes demandas de europeización de la Europa del Este. Porque las generosas proposiciones de libertad, de identificación nacional, y de oferta de bienes, que desde las grandes antenas orientadas hacia el Este hacíamos los occidentales, han quedado desgarradas y huecas. Y porque muchas de las esperanzas de los europeos, antaño dependientes del Imperio Soviético, también han quedado vacías de ilusión.

¹⁰ La idea de implosión como reacción contraria a la explosión suele generalmente interpretarse en un solo sentido. Cuando se abrió el muro de Berlín, los pueblos del Este de Europa «explotaron hacia el Oeste» buscando la libertad. Pero lo que en realidad querían los berlineses del Este cuando atravesaron apresurados los puntos de control para pasar a la zona libre era «respirar bocanadas del aire del Oeste», succionar la libertad de Europa, su tantas veces proclamado mercado libre, respeto individual, evolución cultural, etc. Con la desilusión que todos conocemos. Y quizás el gran vacío producido sea el vacío de la desilusión. Porque la Europa del Oeste no parece que estaba dispuesta a darles otra cosa que buenas palabras, aunque sería injusto olvidar algunas acciones puntuales más bien fruto del clamor popular que de la comprensión de los gobiernos occidentales. Pero la implosión también está actuando en sentido inverso. Frente al vacío de la desilusión, otro vacío, el de la incompreensión de los verdaderos problemas que afectan al Este de Europa, está produciendo una notable ausencia de expectativas racionales hacia la integración del Este. Ver a este respecto Blasselle, B., *Chemins de Rencontre. L'Europe avant la lettre*, Bibliothèque Nationale, Paris, 1993, p. 45 y ss. Ver también Clesse, A. y Kortunov, A. (Eds.), *The Political and Strategic Implications of the State Crisis in Central and Eastern Europe*, Institute for European and International Studies, Luxembourg, 1993.

Una vez más nos encontramos en una incertidumbre de futuro. En gran parte debido a la desvalorización de algunos de los grandes referentes que a los europeos del Oeste nos ayudaban a comprender y justificar el triunfo de la unión económica y de las tecnologías hacia metas de bienestar, y que a los europeos del Este les garantizaban el éxito de la revolución y de la solidaridad socialista.

Ambos mundos prometían llevarnos al paraíso material, y desafiar con ventaja al resto de la humanidad, a América y al hinterland asiático. Pero en ambos, muchas de las certezas se han transformado en inquietudes. Muchas de sus fortalezas en debilidades. Y muchas de sus prosperidades en bancarrotas.

Mientras tanto, los esfuerzos de integración en el Occidente europeo olvidan las razonables y razonadas observaciones de Kant, a la vez que la fragmentación de la Europa del Este olvida que toda división apresurada entraña violencia. Y a la vez que el modelo conceptual y económico de Jean Monnet parece reclamar algo más que una simple actualización, presionado por una diferente percepción de las prioridades internas en el propio seno de la Unión, pero sobre todo por las presiones externas. Por ejemplo, del Magreb.

NECESIDAD DE REESTRUCTURAR LOS TIEMPOS DE CONVERGENCIA

Pero en el proceso de actualización de un posible nuevo modelo europeo, no podemos olvidar, que a la hora de reestructurar los espacios de influencia de Europa, también tendremos que reestructurar los tiempos de convergencia. Y en esta tarea se impone, en primer lugar, un ajuste de los diferentes relojes que miden nuestras inquietudes de europeos.

Tendremos, pues, que gestionar una distorsión entre dos modalidades temporales: una, la que mide la reestructuración económica y espacial, de péndulo lento. Otra, la que afecta a la recomposición política y cultural, cuyo reloj parece acelerado cada vez más desde el

aturdimiento de una sociedad mediática. Y esta gestión necesita inventar urgentemente un foro de reencuentro europeo, en el que el protagonismo de las instituciones públicas dialogue con el protagonismo cívico y sus propios mecanismos de expresión, no política ni ideológica, ajustándose a un mismo diapasón, que sea capaz de armonizar el pluralismo y la complejidad que empiezan a definir en Europa una nueva época.

En esta Europa de las Naciones-Estado, de las alianzas y contra-alianzas, de la discriminación económica entre ricos y pobres, en esta Europa de una o varias velocidades, de la burocracia pseudoelitista impuesta desde arriba, de las intransigencias y los chauvinismos, en esta Europa, que es la realidad de hoy, lo que necesitamos, y además urgentemente, es reflexionar sobre la opción de construir otra Europa distinta. Porque tampoco aparece muy claro, a la luz de los más recientes acontecimientos, que las leyes de la economía vayan a ser capaces de reorganizar, o de liderar, una adecuada gestión de la próxima Europa ¹¹.

Porque lo que precisamos es una Europa menos paradójica y más propensa a considerar cada una de sus ricas identidades desde el punto de vista de las identidades de los demás. Una Europa menos temerosa de la pérdida de sus soberanías parciales y de sus viejas instituciones, y más dispuesta a aceptar soberanías compartidas. Capaz de descubrir identificaciones funcionales, más que de acrecentar los conflictos de sus identidades. Sustentada sobre una cultura de las culturas, en lugar de ser tributaria de la cultura de la burocracia. Defensora de la heterogeneidad estructural, en lugar de una homogeneidad sustentada sobre criterios meramente racionalistas. Una Europa menos contradictoria, y más convergente hacia su propia identidad.

Pienso por todo ello, que cada día es más urgente iniciar un debate, riguroso, profundo, que nos ayude a acometer este inaplazable desafío

¹¹ El concepto de «Próxima Europa» fue insinuado por primera vez al Grupo de Trabajo de la Fundación BBV, dentro del proyecto Intercultura, y fue justificado en la publicación bajo este título. *La Próxima Europa*, Fundación BBV, Madrid, 1994.

sobre el reencuentro en el espacio y el tiempo de los pueblos de Europa. Un debate, o una serie de debates, sobre la conveniencia de contemplar las necesidades de esos pueblos desde perspectivas más culturales que pasionales, o simplemente económicas. Sobre la oportunidad de los fenómenos europeos de multipolaridad. Sobre los límites más aconsejables de sus estructuras formales. Y especialmente, sobre si Europa debiera ser una «fortaleza amurallada», un «monopolio de fuerza», «un Gatt interno», o por el contrario un espacio libre, abierto, para todo aquel que respete sus reglas de comportamiento.

Dando siempre por supuesto, que la única forma de que esa complejidad no nos desborde, consiste, no tanto en superar las ideologías cerradas y los modos de pensar convencionales, sino en «inventar» nuevas herramientas, y en desarrollar nuevas aptitudes para la reflexión.

Aptitudes, que siempre afloran, lo dice la experiencia, cuando hacemos el esfuerzo de integrar en nuestras propias percepciones otras consideraciones y otras percepciones, ajenas, huérfanas de autor conocido, pero que, generalizadas, son patrimonio común de la esperanza, y quizá del desconcierto de todos y cada uno de nosotros. Porque, precisamente, son esas percepciones anónimas las que suelen conformar la mayor parte de las tendencias y tensiones de los grandes problemas y procesos de la sociedad humana.

Dedicarse a gestionar la distorsión temporal y espacial europea en otra dirección, recomponiendo calendarios, engranando y desgranando acuerdos, nos va a servir posiblemente de muy poco, en la medida que tejiendo y destejiendo la alfombra de la próxima Europa, a la manera de una Penélope de finales de siglo, podemos llegar a dejar al desnudo la urdimbre de nuestras peores indecisiones y contradicciones, mucho antes de que llegue el «Ulises» de la convergencia de intereses comunes.

No nos queda por ello otra solución que la de hacer el esfuerzo de salir fuera de nuestros propios supuestos y mirar hacia adelante, aven-

turando proyectos auténticamente renovadores. Cambiando las hipótesis de trabajo. Distinguiendo claramente los procesos a corto plazo, en los que el protagonismo de los Estados y las Instituciones es grande, de aquellos otros a largo plazo, basados en el protagonismo cívico de los ciudadanos, para estrenar otros enfoques intelectuales que centren más la atención en el reconocimiento de lo que supone la condición humana, en este caso del hombre europeo, para ir siempre más allá de sus ambiciones. Reflexionando y dialogando, en busca de nuevos horizontes, de nuevos objetivos, y de nuevas técnicas para alcanzarlos.

Y esta reflexión previa implica, sin duda, un nuevo concepto de la «urgencia» europea. Una urgencia que debe hacer frente a acumulaciones desestabilizadoras que se han ido produciendo por la falta de reflejos de todos nosotros ante las señales de cambio, y frente al deterioro de calidad de nuestra capacidad de comprender los compromisos de futuro.

Por ello, a la hora del debate sobre la próxima Europa, que tendríamos que abrir ya, antes de debatir para decidir, o debatir para solucionar, quizá fuera conveniente debatir previamente «para comprender». Debatir simplemente para comprender, y para descubrir otros enfoques a la pretendida Unidad europea. Porque las sociedades europeas del final de este siglo necesitan recuperar urgentemente la capacidad y el sosiego, con el fin de hacerse cargo de los argumentos de los demás. Para comprenderlos «desde el otro lado del espejo», frenando el tremendo despilfarro de talento que comporta la restricción del debate a unos pocos, y en un entorno de urgencias tradicionales.

Por otra parte, en un mundo que tiende hacia una monocultura electrónica universal, frecuentemente propicia a procesos de confusión entre vida privada y audiencia pública, se hace cada vez más evidente la pérdida de matices sobre el pensamiento europeo. Y convertir esos pensamientos en video-clips, no parece un procedimiento que invite a la reflexión. De esta manera, nuestra obsesión de ganarle

tiempo al tiempo, nos hace olvidar con frecuencia lo que está pasando, a medida que otras cosas pasan.

Y quizás lo que está sucediendo en Europa, los dramáticos cambios en la orientación de nuestro caminar de europeos, en nuestra decisión de vivir como europeos, sea simplemente una consecuencia de que muchos de nosotros no queremos cambiar nada. De que no queremos experimentar nuevas inquietudes, sino conservar viejas certidumbres. Y este puede ser nuestro gran problema.

TENDENCIAS Y FRONTERAS DE EUROPA

Sin embargo, es preciso reconocer que los esfuerzos para superar estas inercias han existido siempre entre nosotros. Porque el espacio europeo ha sido el soporte ideal de grandes proyectos políticos, económicos y culturales. Aunque algunos de estos proyectos formen el gólgota de Europa: el Imperio napoleónico, el Reich alemán, o el Goulag soviético.

Pese a ello, Europa sigue siendo un lugar singular de donde permanentemente salen a la luz proyectos, muchas veces utópicos, de unificación social, política, y económica. Proyectos, que faltos de incentivos, y huérfanos de seguidores, emigraron ocasionalmente a otros pagos con sorprendentes consecuencias. Porque de Europa el liberalismo navegó hacia un occidente más acogedor, y el comunismo emigró hacia el Este, conducido por profetas de una nueva e injusta justicia social.

No podemos olvidar, en cualquier caso, que Europa se ha mostrado siempre incierta entre la unificación y la división. Dos tendencias opuestas, que constantemente se han manifestado en la historia europea. Así, a partir del breve período de parcial unidad carolingia, una gran parte de Europa tiende entre los siglos XI y XV hacia la unificación religiosa y cultural. La otra, parte, mucho más griega por su cultura, y dependiente de Constantinopla y no de Roma, difiere sensiblemente de esa dirección.

Dentro de la Europa que gira en torno a Roma, la apariencia de universalidad es indiscutible. Desde el Atlántico y el Báltico al Mediterráneo, se celebran los mismos ritos y en una lengua común: el latín. Desde Salamanca a Upsala, los profesores y maestros más celebrados, o contestados, comentan los mismos textos y viajan incansablemente de una Universidad a otra, antes de ser condenados a la hoguera o a la mazmorra por sus impertinencias, o de ser glorificados y santificados por su celo.

Pero detrás de esa fachada de universalidad medieval, las fuerzas de diversificación social, política y cultural, actúan sobre las villas y los concejos, sobre la literatura popular, y sobre el patriotismo urbano. Y las llamadas lenguas vulgares transmiten eficazmente las diferentes tradiciones, usos y costumbres, que dan a los distintos pueblos europeos la sensación de pertenecer a una comunidad propia ¹².

La Reforma rompe esta aparente unidad, como dejó dramáticamente escrito el poeta John Donne ¹³. Y la Contrarreforma consolida la ruptura. Aunque justo es reconocer, que los tratados internacionales, y los esfuerzos para lograr un equilibrio de fuerzas entre las naciones europeas, representaron una ayuda notable para evitar una mayor disgregación.

A finales del siglo XVIII la Revolución francesa proclama de nuevo su vocación universalista, aunque esta vocación considerara a Francia como «el piloto de la nave de la humanidad» ¹⁴.

Y en medio de ese claro-oscuro, la Ilustración, con sus esfuerzos de hacer luz sobre todo, desde los principios de la ciencia, que fue la gran invención de Europa, hasta los fundamentos de la revelación, representa la matriz intelectual de la Europa moderna. Una matriz

¹² Foucher, M., *Fragments d'Europe*, Librairie Arthème Fayard, Paris, 1993.

¹³ Donne, J., *An Anatomy of the World (The First Anniversary)*, 1610. *The Poems of John Donne*, Oxford, 1912.

¹⁴ Marechal citado por Emmanuelli, H., *Plaidoyer pour L'Europe*, Flammarion, 1992.

intelectual que integra la primacía de la razón, el culto al progreso, y la preocupación por los derechos del hombre. Por su felicidad temporal. Ilusión y preocupación que trascienden al resto del mundo desde la antorcha europea. Y es curioso recordar, que lo que nosotros, en España, conocemos como Ilustración, o más precisamente como Ilustración francesa, fuera conocido en otras partes de Europa como Iluminación, como Siglo de las Luces.

Aunque también hay que decir, que pese a su enorme irradiación exterior, estas luces sólo consiguieron iluminar y penetrar en una particular élite europea, aparentemente curiosa y preocupada por el destino de la humanidad, pero ignorante de los graves problemas sociales, con todo lo que ello suponía.

Y en todo caso, poco sensible a la existencia de una antigua frontera, que marcaba las dos grandes tendencias de la Gran Europa. La que separaba, y posiblemente sigue separando aún, el mundo des cristianizado de la cristiandad latina, del mundo eslavo y aparentemente materialista de la ortodoxia emigrada de Grecia. Una frontera espiritual, histórica, que bordea Finlandia, los países bálticos y Polonia. Que atraviesa Ucrania, contornea Hungría, y corta Yugoslavia en dos, Serbia de una parte, y Croacia de otra. Dos mitades, que en los cíclicos procesos de fragmentación de Europa, usan también relojes diferentes.

Contradiendo a Fukuyama ¹⁵, la historia europea se ha mostrado particularmente activa en nuestra cultura actual, aunque modelando las opciones de futuro en un lenguaje aparentemente críptico. Lenguaje que necesitamos descifrar urgentemente para interpretar la dirección en la que nuestra historia actuará en el futuro. Para interpretar, por ejemplo, si el comportamiento de las variables económicas y de crecimiento demográfico de la próxima Europa, pretenden constituirse en objetivos de sí mismos, o si, por el contrario, lo que procede

¹⁵ Fukuyama, F. *The End of History?* Aparecido por primera vez en *The National Interest*, Nueva York, n.º de Verano de 1989.

es integrarlos adecuadamente en un nuevo proceso de Renacimiento cultural y político de nuestro continente. Proceso que, desde luego, no puede ser ajeno a la emergencia de las tecnologías de la información que, mejorando la imprenta de Gutemberg, nos sugieren, sin embargo, sorprendentes analogías con las condiciones en las que se desarrolló el propio Renacimiento.

PARADOJAS Y CONTRADICCIONES EUROPEAS

Tenemos pues que hacer un esfuerzo para examinar las opciones de nuestro futuro europeo. Opciones, que con frecuencia se hallan ocultas bajo el manto de nuestros propios reproches interiores y de nuestras propias frustraciones como europeos. Y levantar ese manto podría ayudarnos a centrar mejor el verdadero debate sobre la Europa que queremos. Incluso podría ayudar a los demás pueblos a comprendernos mejor, o cuando menos a entender el por qué de muchas de nuestras inquietudes y de nuestras paradojas, y el por qué de algunas de las actitudes de nuestros pueblos.

Pueblos a los que posiblemente no gusta, tanto en la Europa del Este como en la del Oeste, tener la sensación de encontrarse frente a un paisaje un tanto desolador por su orfandad ética.

Pueblos a los que no puede gustarles una Europa en la que la democracia está corriendo el riesgo de ser gestionada desde la burocracia, o desde el mimetismo por otras formas de entender la democracia. Porque las transformaciones de las sociedades humanas deben responder a su propia naturaleza, y no a los deseos de burócratas y tecnopolíticos.

Pueblos a los que no pueden gustarles algunas actitudes de intolerancia y de predominio cultural y nacional. Por lo menos, a los que piensan que la gran riqueza de las identidades y culturas europeas tienen su origen en que ninguna de estas culturas representa, casi nunca, una singularidad aislada, sino por el contrario una forma sin-

gular de incorporar y percibir, desde un núcleo social de pensamiento, aquellas peculiaridades de otras culturas próximas en el tiempo y en el espacio, y a las que, a través del diálogo, tenemos la obligación de integrar como parte de la cultura e identidad propias.

Nos debe inquietar por ello el renacer de los procesos injustificados de fragmentación. O de aquellos justificados o justificables procesos de afirmación nacional que, paradójicamente, ignoran los derechos y las aspiraciones de quienes convivieron y conviven en su entorno, anclados en otras culturas, y dentro de otros esquemas de identificación.

Y pueblos, a los que no puede gustar tampoco ese proceso de des-civilización ¹⁶, que iniciado en la rehecha y luego deshecha Yugoslavia, se está prodigando en otros países de la Europa del Este, y que puede propagarse hacia los hasta hace poco felices pueblos de la Europa del Oeste.

CONSERVAR LO CONSEGUIDO

Se suele convenir que en todo proceso de reflexión el secreto para llegar a buen puerto reside más en descubrir y potenciar lo que sigue siendo válido, que en sustituir todos los referentes por valores nuevos, siempre difíciles de injertar en un tejido social cuyo vigor no es ajeno a su tradición. Porque mostrarnos disconformes con nuestra realidad europea no es sino un primer paso para potenciar nuestro propósito de reconocer lo que los europeos hemos conseguido ya en nuestro reciente caminar hacia una Europa más estructurada. Hay que aceptar, pues, que una buena parte de lo logrado hasta ahora en la Unión Europea constituye una experiencia de gran valor, porque ha supuesto una notable revolución en las formas de pensar de los habitantes de

¹⁶ Esta idea de descivilización ha sido explicada brillantemente por Matzner, E., *The Market Stock. An AGENDA for Socio-Economic Reconstruction of Central and Eastern Europe*, University of Michigan Press, Michigan, 1992.

Europa ¹⁷. Y porque en muchos aspectos representa una etapa verdaderamente importante en cuanto proceso de civilización y de pacificación.

Hay que aceptar, también, que estamos inmersos en una profunda mutación económica estructural caracterizada por un desempleo masivo imposible de superar a corto plazo, lo que amenaza los equilibrios sociales y en consecuencia la estabilidad de sus estructuras. Porque esta crisis económica no es sino un componente más de la gran crisis de civilización a la que nos estamos enfrentando todos los países occidentales.

Pero incluso dentro de este proceso de crisis, debemos reconocer que los esfuerzos desplegados, y las ilusiones comprometidas para formar la Unión Europea, no han sido vanos. Porque a través de él hemos adquirido un mayor sentido de la interdependencia, algo que ha tenido la virtud de habernos desprovisto, en parte al menos, de ese sentido mitad belicoso, mitad rural, que históricamente nos ha venido impidiendo aceptar que la fortaleza y la estabilidad del vecino representan ventajas sustanciales y no peligros para nuestra propia estabilidad y fortaleza. Vamos por ello avanzando en la liquidación de lo que pudiéramos llamar la «imagen del enemigo», y adquiriendo el hábito de cooperar con los demás como una actitud fundamental, como una virtud necesaria.

Por ello, la Unión Europea, en su ya programada y esperada Conferencia de 1996, que precisamente España habrá de preparar al corresponderle durante los últimos seis meses de 1995 la Presidencia de la Comisión, debería ser capaz, en un esfuerzo importante de solidaridad, de hacer extensivos esos logros que nosotros ya hemos alcanzado a una comunidad más amplia. Teniendo en cuenta el profundo significado de algunas fronteras invisibles de Europa, y el vacío provocado por la implosión europea.

¹⁷ Generalmente estos logros se agrupan bajo la denominación de *acquis*. No se pretende aquí hacer una enumeración detallada ni una valoración de los *acquis*, valoración en todo caso dependiente de la óptica y de la perspectiva nacional o cultural desde la que se realice.

Debemos pues aceptar el debate sobre una Europa mucho más amplia, hecha desde abajo y no desde arriba. Una Europa más cultural que económica, o más culturalmente económica, si se quiere. Una Europa más atractiva para otras culturas, pueblos y civilizaciones. Una Europa en la que la Unión haga olvidar la idea de un «club de ricos». Un club de ricos, donde algunos de los socios empiezan a sospechar que las cuotas son enormemente elevadas en relación con los derechos que ejercitan.

NECESIDAD DE CATALOGAR NUESTROS PROBLEMAS, DESAFÍOS Y COMPROMISOS

Suele decirse que sólo nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena. Y sólo en diciembre del pasado año 1993, el entonces Presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, presentó el Libro Blanco sobre «Crecimiento, Competitividad y Empleo»¹⁸. Hasta ese momento, los Estados miembros de la Unión habían tratado de resolver sus dificultades en solitario, pese a la época de abierto europeísmo iniciada en 1980. Y ya va siendo hora de que nos acostumbremos a trabajar conjuntamente, con imaginación, seriedad y transparencia, en los grandes temas que nos afectan a todos los europeos.

Parece por tanto conveniente ir estableciendo un catálogo de esos problemas, desafíos, y compromisos comunes, entendiendo por tales aquellos que son menos difíciles de afrontar y resolver dentro de una «armonía europea» que de forma aislada.

Sin olvidar que muchos de los principios que informan las estructuras políticas en Europa fueron establecidos en su momento en fun-

¹⁸ *Crecimiento, Competitividad, Empleo. Retos y pistas para entrar en el Siglo XXI*. Libro Blanco, Office des publications officielles des Communautés européennes, 1993. Existe una amplia literatura en relación con este documento. He encontrado especialmente sugestiva la contenida en el documento de Hunt, D., Kraijic, P., Monks, J., Perissich, R., Seitz, K. y Van Miert, K., *Jobs and Competitiveness: Confronting Europe's Dilemma*, The Phillip Morris Institute for Public Policy Research, 1994.

ción de situaciones sociales, culturales, militares, y económicas, muy diferentes de las que tenemos que hacer frente en la actualidad. Que muchos de esos principios se revelan contradictorios, y que algunas de las instituciones entonces concebidas, y sus mecanismos de actuación, se están mostrando incapaces de hacer frente a los problemas de nuestros días.

Y en la introducción a este catálogo convendría subrayar algunos desafíos que me atrevería a calificar como marcadamente globales en el contexto europeo de hoy. El primero de ellos pudiera ser reaccionar ante la pérdida de protagonismo europeo en el trascurso del siglo XXI. Porque la pérdida de un protagonismo sustancial de Europa en el gran teatro del mundo, es una posibilidad real a no muy largo plazo, y conviene tenerlo en cuenta para que, al menos, no nos coja desprevenidos.

La fragmentación de Europa, con más de 50 estados en 1994, contra 23 en 1919, podría también constituir uno de los grandes capítulos de este catálogo. Lo cual, dicho sea para evitar interpretaciones erróneas, no implica en absoluto disconformidad con el fenómeno. Pero Europa tendrá que afrontar de una vez por todas la tarea de armonización de los parámetros y señas de identificación de los pueblos que la conforman.

La diversidad de las culturas de los pueblos de Europa tuvo, a partir de la Revolución Francesa, un modelo común de expresión política en la figura del Estado-Nación. Y conseguir un equilibrio de fuerzas entre esos Estados-Nación ha venido siendo un ejercicio político y estratégico extremadamente complejo, costoso, y desde luego tributario de una gran provisionalidad.

Sólo en el siglo en que nos ha tocado vivir hemos asistido a dos importantes reestructuraciones de algunos de esos Estados-Nación. Y en el Este de Europa estamos actualmente presenciando otra dinámica y conflictiva reestructuración. Los contenciosos tanto internos como externos, se hacen sentir permanentemente. Y al final, las reclamaciones e insatisfacciones terminan aflorando. Unas veces de forma

que pudiéramos llamar civilizada, y otras desde actitudes mucho más impacientes.

Algunos estudiosos piensan que el concepto de Estado-Nación ha cumplido ya su ciclo. Por el contrario, bastantes nostálgicos de la grandeza histórica de algunos Estados europeos, parecen querer mantener la inamovilidad de las estructuras actuales, aunque no tienen más remedio que aceptar ciertos y significativos cambios en su propia realidad interna.

Todo ello nos está pidiendo que reflexionemos, sin prejuicios, sobre la necesidad y sobre la oportunidad de un nuevo tipo de estructuras políticas capaces de hacer frente con más eficacia y realismo a las nuevas demandas y necesidades de los pueblos, las regiones, los grupos y los individuos, que quisieran seguir sintiéndose europeos, pero que desearían hacerlo desde nuevas fórmulas políticas.

Otro de los grandes capítulos de este catálogo debería, a mi juicio, contemplar la necesidad de una aproximación decidida al problema de las superestructuras políticas de Europa. Se ha esgrimido entre las alternativas la idea de una Federación de los Estados de Europa, y la creación de una gran Confederación de naciones europeas, concepto todavía muy poco desarrollado¹⁹. Pero ello presupone una previa reflexión sobre la oportunidad de alcanzar una federación interna en aquellos Estados europeos que aún mantienen criterios aparentemente monolíticos. Y éste es otro problema.

Convendría reflexionar también sobre la oportunidad de incluir en nuestro catálogo un capítulo sobre democracia real en Europa. Para analizar en profundidad el problema de hasta dónde las decisiones conjuntas de los Gobiernos europeos representan adecuadamente las de la mayoría de los ciudadanos. Porque todos conocemos ejemplos en los que la expresión directa de los ciudadanos europeos sobre

¹⁹ Esta idea, que hasta ahora aparecía como bastante nebulosa, está siendo desarrollada en profundidad por el filósofo Y. Yovel, profesor de la Universidad de Princeton, con el que he tenido la oportunidad de comentarla.

cuestiones tanto de detalle como de gran trascendencia para su futuro, se ha mostrado sorprendentemente más adecuada que las decisiones auspiciadas por sus respectivos Parlamentos ²⁰. Y quizá la forma menos mala de gobierno hasta ahora inventada por el hombre debería aceptar la oportunidad de desplazarse, desde el medio camino en que se encuentra, hacia una aplicación más completa del principio democrático. O dicho de otra forma, desde la función de simple protección contra los poderes absolutos y perpetuos, hacia la permanente interpretación y acatamiento de la voluntad específica de los ciudadanos, expresada a través de nuevos cauces de protagonismo ciudadano.

Esta reflexión sobre la oportunidad de repensar las estructuras políticas de Europa, implica, desde luego, el reconocimiento de que los europeos, cuyo nivel y capacidad de comprensión es hoy uno de los mayores del mundo civilizado, queremos sentirnos más comprometidos con nuestra propia responsabilidad como ciudadanos. Posiblemente, porque cada vez estamos más preparados para ejercer un verdadero protagonismo cívico. Y posiblemente, porque cada vez parece que estamos más dispuestos a aceptar el reto y los compromisos que se derivan de ese sentimiento.

Tampoco podemos ignorar al hacer el inventario de nuestros problemas las graves consecuencias de situaciones de verdadera frustración de un número creciente de europeos. Me refiero a las situaciones generadas por las fuerzas de trabajo involuntariamente inactivas, comunes al mundo desarrollado, y que quizás sólo puedan resolverse a muy largo plazo, y ello a partir de nuevos conceptos del empleo. Muchas veces me pregunto, si no estamos poniendo demasiado énfase

²⁰ Por ejemplo, lo ocurrido en el referendun danés y la imagen de clara indecisión de los referenda francés y, recientemente sueco, respecto al Tratado de Maastricht y, en consecuencia, el sentido que hay que dar a su incorporación a la Unión. En el caso de Suecia, cuya opción a favor de la incorporación triunfó por escasa diferencia de votos, es muy posible que este resultado influya sobre todo en el mundo escandinavo. Pero es posible también que actúe de factor de corrección importante en el futuro de la Unión.

sis en proteger los intereses a corto plazo de los que todavía tienen empleo, mientras que disponemos de pocas iniciativas serias para estudiar la problemática de los que no lo tienen.

Nos convendría reflexionar profundamente sobre las consecuencias de esta situación. Porque aunque estemos todavía muy lejos, al menos en la Europa Occidental, de las bolsas de «lumpen» de los Estados Unidos, y de sus connotaciones racistas, el agravamiento del problema de la marginación social en Europa nos obliga a incluirlo en nuestro catálogo. La cruel economía norteamericana, donde los riesgos son altos y las recompensas también, nunca perdonó a los perdedores, mientras que en el entorno europeo la situación de éstos parecía ser menos precaria, al menos hasta ahora. Pero cuando ciudades tan prósperas como Hamburgo, Rotterdam, o París, empiezan a presentar ghettos altamente preocupantes de marginación social, no tenemos más remedio que aceptar que los modelos europeos empiezan a descubrir una inseguridad y una precariedad notables ²¹.

Los economistas europeos tienen por ello la obligación de integrar en sus diseños y modelos generales, tributarios hasta ahora de la eficacia y la eficiencia, más elementos y componentes de lo que me atrevería a denominar «imaginación social», para ayudarnos a resolver estos problemas. Para ayudarnos a reconsiderar, sin demasiada violencia económica, algunas de nuestras prioridades más cuestionadas.

²¹ No podemos ignorar las graves consecuencias de situaciones de verdadera frustración de un número creciente de europeos. Muchos de ellos de edades cercanas a los cincuenta años quizás ya no trabajan, o lo hacen sólo ocasionalmente. Incluso en tiempos más prósperos que los actuales, en los años 80, la creación de nuevos empleos era ya incapaz de absorber las altas cotas de desempleo de larga duración. Los nuevos empleos creados requieren calificaciones y aptitudes imposibles de satisfacer por los «parados tecnológicos». Y esta situación de una fuerza de trabajo involuntariamente inactiva, común al mundo desarrollado, quizás sólo pueda resolverse a muy largo plazo, y ello a partir de nuevos conceptos de empleo. Creo interesante a este respecto las reflexiones de Cacace, N., *Oltre il 2000, Consigli per i Gioveni che lavoreanno nel 3.º millennio*, Francoangeli/Trend, 1993 (traducción de publicación inminente por Ediciones Deusto).

Porque si queremos mantenernos dentro de una economía social de mercado, Europa, y los europeos, no tendremos otra opción que inventar nuevas fórmulas. Crear una «nueva cultura de la imaginación social», que nos sitúe con ventaja en el siglo XXI. Como lo hicimos en el Renacimiento, o como lo hicimos en tiempos de la primera Revolución Industrial.

VIVIR LA IDEA DE EUROPA

Pero como ocurrió en el pasado, esta nueva cultura de la «imaginación social» debería partir de un impulso renovado de vivir la idea de Europa. Porque Europa es algo más que un semicontinente. Es posible que en el futuro los límites tradicionales de la Europa geográfica puedan quedarse donde están. Las fronteras naturales de los océanos, el Mediterráneo, el Bósforo, o los Urales. Pero la paradoja que se plantea entre el acuerdo sobre no modificación de fronteras ²² y los derechos de autodeterminación de los pueblos, tendrá que resolverse. Y sólo podrá hacerse desde la generosidad y desde la imaginación de todos los europeos. Desde una mejora de la «calidad democrática» de nuestras instituciones. Y desde una nueva sensibilidad para percibir las «razones oscuras de Europa» ²³. De vivir la idea de Europa ²⁴.

De una Europa que sólo podrá ser vivida cuando consigamos hacer más atractivos e innovadores nuestros planteamientos sociales, cultu-

²² El 14 de noviembre de 1990 se firmó en Varsovia el tratado entre la República Federal de Alemania y la República de Polonia, respecto a la confirmación de la frontera existente entre los dos países. Este tratado confirma el de 6 de julio de 1950 y las convenciones relativas a su ejecución o destinados a completarlo (2 de enero 1951, 22 de mayo 1989 sobre el Oder y 7 de diciembre de 1970).

²³ Spengler, O., *La decadencia de Occidente*, traducción de M.G. Morente, Espasa Calpe, 1934, págs. 51 y ss.

²⁴ Concepto este al que hizo especial referencia el Presidente de la Academia Europea de las Ciencias y las Artes, Dr. Felix Unger, en su magnífico discurso *De la Idea de Imperio a la idea de Europa*, pronunciado durante la Sesión Plenaria que tuvo lugar en Salzburgo el 12 de marzo de 1994.

rales y políticos. Nuestra democracia. Nuestro sentido de los derechos humanos, de la tolerancia, de la amistad, de la responsabilidad, y de la honestidad política y administrativa. Del nivel de nuestras instituciones jurídicas, de nuestros sistemas de educación, de nuestra cultura medioambiental. Pues sólo habiendo conseguido en estos objetivos la nota de excelencia, podremos pretender que los demás nos respeten, y deseen acercarse a estos patrones y a estas ideas, genuinamente nuestras, y no a aquellos otros que parecen gozar hoy de mayor predicamento.

Desgraciadamente no vivimos en un mundo ideal, y nuestro progreso tiene que hacerse por etapas. Una buena parte de la Europa del Este, por ejemplo, se encuentra en una peligrosa ebullición en busca de su propia identidad. Y en este proceso el ejemplo de la Unión Europea poca influencia parece tener por el momento.

Y lo dicho para el Este puede servir para el Sur, con las necesarias matizaciones. Porque, hoy por hoy, parece haber un claro consenso de nuestros límites intercontinentales, no necesitaremos esperar demasiado tiempo para comprender la necesidad de una profunda reflexión sobre el Mediterráneo. Para debatir, seria y profundamente, la oportunidad de un «status» de copertenencia entre los pueblos e instituciones de sus tres costas: septentrional, meridional, y oriental.

Porque cada vez es progresivamente mayor el número de los que están convencidos de que si las sociedades pobres del sur y del este del Mediterráneo, no convergen hacia los patrones europeos, el riesgo de competencia conflictiva y enemistad, puede ser la única alternativa a una situación de desventaja. Y que cerrar las puertas de Europa a nuestros vecinos en el Mediterráneo, sólo puede conducir a aumentar dramáticamente las diferencias y los riesgos.

Desde luego, soy consciente de que todas estas consideraciones tienen diferentes enfoques, desde las diferentes visiones que de Europa tenemos los diferentes europeos. Y que es preciso que vayamos aprendiendo a considerar estas diferentes visiones como elementos modificadores de las que creemos más adecuadas a nuestras conve-

niencias, o como más cercanas a nuestras propias experiencias. Tomando, cuando sea posible, la iniciativa, franca y transparente, de hacerlas conocer a los demás, para que puedan integrar nuestra propia visión de los problemas y expectativas de una próxima Europa desde lo que realmente sentimos y no desde los estereotipos que de nosotros se hayan podido forjar.

Hay un ejemplo muy reciente de ello. Alemania ha dado ya un primer paso en este sentido. Porque la iniciativa tomada el pasado mes de septiembre por la fracción Unión Cristiano Demócrata-Unión Cristiano Social del Parlamento alemán de presentar su documento «Reflexiones sobre política europea»²⁵, supone un verdadero esfuerzo de transparencia, de franqueza, y de sentido común, y constituye al mismo tiempo un importante desafío intelectual, al que el resto de los europeos deberíamos de reaccionar positivamente. Porque las reflexiones del documento alemán van bastante más allá de las simples implicaciones económicas de una nueva situación geopolítica, en la medida que su propuesta de solución futura, acorde con la gran dosis de realismo del pensamiento conservador alemán, y con su particular visión de Europa, trata de implicar al resto de la Unión Europea en sus propias conclusiones.

Reconociendo los fracasos de los anteriores intentos de alcanzar un equilibrio hegemónico europeo, Alemania sugiere ahora implicar a un núcleo duro de países, capaces de actuar de locomotora en un nuevo proceso de reestructuración. Aunque este proceso, según el documento, está encontrando dificultades por las «declaraciones poco realistas y peligrosas en el plano de la teoría jurídica y en el plano político, de ciertos intelectuales y, algunas veces, de ciertos políticos, mal informados y de palabra fácil».

²⁵ Publicado y distribuido simultáneamente en francés, inglés y alemán por el CDU/CDS el mismo día 1 de septiembre de 1994.

LAS VISIONES DE EUROPA

No es éste el momento para hacer un análisis exhaustivo de dicho documento. Aunque en cualquier caso, su simple lectura nos permite comprender hasta qué punto es útil y a la vez urgente, que intentemos disponer de nuestra propia visión de Europa. Una visión que tiene que verse afectada no solo por nuestra propia pluralidad nacional, sino también por los reflejos y nostalgias del pasado, por nuestra herencia histórica.

Porque los europeos necesitamos elaborar urgentemente visiones nuevas de nuestro propio futuro, de nuestro devenir singular, en el concierto cultural del planeta. Por múltiples y diversas razones. Y entre ellas no es la menor la de la escasa profundidad que parecen tener la mayoría de los trabajos de mediación y prospectiva de los intelectuales europeos, o la falta de valor de muchos políticos para afrontar públicamente los problemas a largo plazo, y sus reservas a aceptar un debate abierto sobre la próxima Europa. Pero sobre todo, son razones la manifiesta dificultad para generar opiniones nacionales sobre un futuro compartido con los demás europeos, la incapacidad de pasar de una Europa cotidiana a otra recreada, o la tardanza en elaborar respuestas adecuadas y realistas, frente al vacío político y estratégico de la Europa del Este.

En cualquier caso, es evidente que los europeos no compartimos las mismas visiones sobre el devenir de Europa ni como ciudadanos, ni como adscritos a un grupo nacional y cultural específico, Ni los mismos referentes políticos, sociales o culturales. Pero deberíamos hacer un esfuerzo para descubrir de nuevo, absueltos al menos en parte de nuestros pecados de colonialismo de tiempos pasados, la forma en que nos contemplan los demás.

Ello nos permitiría establecer nuevos escenarios desde los que contemplar con mayor riqueza de matices nuestro futuro como europeos en el concierto del mundo. Escenarios que sean capaces de sugerirnos nuevas alternativas para comprender la próxima Europa desde ángu-

los más abiertos, desde un discurso más enriquecedor y menos obsesionado por la idea de uniformidad.

LA ALTERNATIVA EUROMEDITERRÁNEA

Y una de las alternativas de futuro, muy bien pudiera ser una alternativa euromediterránea.

Porque, pienso, que el proceso hacia una necesaria reflexión sobre los auténticos problemas europeos, tiende frecuentemente a centrarse sobre esos dos grandes pilares del puente radial de Europa, que sustentan Francia y Alemania. Es posible, sin embargo, que sea conveniente, y hasta necesario en algún momento, buscar para la construcción de Europa otros pilares y otros apoyos, no por periféricos menos sustantivos.

Merecería la pena estudiar seriamente iniciativas de este género. Llamando en todo caso la atención de que descentralizar la Unión Europea no significa, en modo alguno, un intento de formar nuevos bloques dentro de ella, sino un esfuerzo para mejorar la calidad cultural de sus estructuras democráticas.

Por ejemplo, una de las dificultades de la Unión quizá resida en su diseño centralizador y excesivamente burocrático y normativo, sólo ligeramente paliado por la distribución desperdigada de algunas competencias fuera de Bruselas, aunque también de forma centralizada. Una iniciativa periférica podría sugerir un original proceso de descentralización dentro de la Unión. De manera, que frente a las capitales de Europa, es decir las capitales de sus Estados, pueda definirse la «Europa de las Capitales», como pilar de una nueva Europa Unida, pero descentralizada, capaz de afrontar sus problemas desde un nuevo sentido de la «vecindad geopolítica». Vecindad basada no en criterios puramente económicos, sino predominantemente culturales, capaces de irradiar, hacia fuera y hacia dentro, actitudes de comprensión y mutuo interesamiento, mucho más atractivas que oportunistas y reactivas.

No es más que un ejemplo de alternativa, pero una capital mediterránea de la Unión Europea tendría indudables ventajas. En primer lugar, un tratamiento más adecuado de los notables problemas de vecindad, y la posibilidad más realista de afrontar, entre otros grandes desafíos europeos, la ecología del viejo Mare Nostrum de forma coordinada. Daría además la posibilidad de rehabilitar desde Europa, y no desde los particularismos de sus diferentes miembros, una de las culturas europeas de más raigambre en el pasado, y de gran porvenir en el futuro.

Me atrevo a correr el riesgo de atravesar la tenue frontera entre la utopía y la adulación, sugiriendo Barcelona como capital del entorno euromediterráneo, lo mismo que podríamos sugerir a Lvov²⁶ como capital del entorno euroeslavo.

INTERPRETAR MEJOR NUESTRA EUROPEIDAD

Alistair Crombie, una de las grandes autoridades mundiales en historia de la ciencia, nos cuenta en su reciente obra «Estilos del pensamiento científico en la tradición europea»²⁷ cómo Galileo fue capaz, ya en 1609, de ver a través de un primitivo anteojo las montañas y los valles de la Luna. Lo pudo hacer porque su paso por la florentina «Accademia del Disegno» había entrenado sus ojos a interpretar la perspectiva y el claroscuro. En aquel mismo año de siglo XVII, el astrónomo inglés Thomas Harriot, no familiarizado con la perspectiva, usando el mismo anteojo sólo fue capaz de ver en nuestro poético satélite natural «un extraño moteado». Un año más tarde, sin embargo, habiendo recibido un ejemplar de la obra «Sidereus nuncius», en la que se incluían los expertos dibujos de la Luna de Galileo, consiguió percibir también los bultos y las concavidades lunares, in-

²⁶ Nombre ruso actual de la ciudad que los austriacos llamaron Lemberg, y los polacos, a quien perteneció anteriormente, Lwow. Ciudad vértice entre el mundo eslavo de Europa y la Europa Central, por su situación geopolítica, causa principal de una azarosa historia de pertenencia a uno u otro de estos países.

²⁷ Crombie, A., *Styles of Scientific Thinking in the European Tradition*, Duckworth, Londres, 1994.

terpretando las luces y las sombras. Y pienso que esta anécdota nos puede servir de ejemplo para ilustrar al dificultad de interpretar adecuadamente, cuando nos faltan las visiones y experiencias de los demás, algunas de nuestras prioridades más sobresalientes.

Prioridades tales como definir el sentido de la palabra y el concepto de Europa, los diferentes límites mentales de nuestras también diferentes visiones europeas, la importancia real de la persistencia e inercia de los reflejos nacionales, la pertinencia o no de orientarse hacia objetivos unitarios, el análisis y evaluación académica de los principios que actualmente inspiran dichos objetivos unitarios, o la eventualidad de un nuevo desgajamiento de Europa en dos mitades. Por no citar mas que unos pocos. Tareas todas ellas vocacionalmente adscritas al renacer del espíritu académico en Europa.

Demasiado frecuentemente se escuchan voces autorizadas reclamando procesos más o menos urgentes de adaptación a las nuevas condiciones en que Europa se desenvuelve. Pero con notables y lúcidas excepciones, la mayoría de esas proposiciones no parece que alcancen a percibir con exactitud el significado de «las luces y las sombras» de la próxima Europa. Posiblemente, porque los puntos de fuga de la perspectiva europea se encuentran «fuera» de su campo de visión. Y para mí, este «fuera» del campo de visión se sitúa en una dimensión de futuro a la que solo podremos aproximarnos desde la innovación conceptual. Porque reducir el problema a la interpretación de una perspectiva económica y financiera no es suficiente.

En la definición del concepto inteligencia humana se suele incluir la capacidad intrínseca de adaptación a nuevas circunstancias y emergencias. Muchas veces, sin embargo, los esfuerzos y estrategias que observamos en las recomendaciones de adaptación a una nueva Europa, se parecen más a los esfuerzos de aquel sastre, que habiendo confeccionado un terno defectuoso pretendía inducir a su cliente a caminar con un brazo retraído y encogiendo pecho. El cliente es deforme, murmuraban algunos, pero ¡qué buen sastre! Y es posible que algo de esto nos esté sucediendo.

En el contexto de la secuencia Alemania-Francia-España-Italia, en la Presidencia de la Unión Europea se va a intentar elaborar doctrinas sobre tres cuestiones verdaderamente capitales: la extensión de la Unión hacia el Este, el esquema de las nuevas relaciones con Rusia, y la revisión en 1996 del Tratado de Maastricht. Y quizás haya llegado el momento de establecer un nuevo diseño del propio concepto de geopolítica europea. Aunque mucho me temo, que si no se toman desde ahora las debidas precauciones, el nuevo traje tenga mucho que ver con la anécdota del sastre incompetente.

A no ser que el protagonismo cívico de los europeos intervenga más directamente en su confección, como ya parece vislumbrarse.

LA TERCERA ALTERNATIVA EUROPEA

Porque la emergencia de este protagonismo ciudadano está produciendo ya en el mundo occidental un notable cambio de trayectoria en lo que se refiere a los límites o fronteras entre lo público y lo privado. Y si la constitución del Estado moderno implicó la cancelación o la reducción de una buena parte del tejido institucional existente entre el ciudadano y la esfera pública, hoy se está reconsiderando seriamente el papel del Estado en la organización de la vida social. Porque se entiende que es imprescindible reequilibrar el peso y los modos de articulación de las iniciativas de los ciudadanos dentro de sus propios Estados. Ello quiere decir, que a medio camino, y como una «tercera alternativa»²⁸ entre lo público y lo privado, se está planteando con fuerza la necesidad de disponer de instituciones intermedias capaces de canalizar adecuadamente el protagonismo cívico de los ciudadanos. Reconociendo que la complejidad de los desafíos de

²⁸ Esta tercera alternativa define mejor, a mi juicio, la verdadera función atribuible al protagonismo cívico que la idea de sociedad civil, como contraposición a otro tipo de sociedad que, de todas formas, sigue siendo civil mayoritaria e institucionalmente. Me parece peligrosa la idea de sociedad útil que se viene barajando también últimamente. Las sociedades humanas deben de ser útiles, pero convendrá diseñar nuevas instituciones y rediseñar las existentes para potenciar esta utilidad.

este final de siglo exige la superación de esquemas y de principios de organización de la vida social, que están quedando rebasados por los nuevos desarrollos.

Porque la vida se nos ha hecho tan compleja, tan plagada de riesgos y a un tiempo de posibilidades, que hoy resulta absolutamente imprescindible disponer de una malla institucional independiente, que trabaje en relación cooperativa con las instituciones públicas en el diseño de la próxima Europa. Que sea capaz de generar ideas y enfoques que superen las distancias, que se han ido acrecentando a lo largo de este siglo, entre los ámbitos dedicados a la reflexión y la investigación, y los que se refieren a la toma de decisiones.

De nuevo los europeos tenemos aquí una ocasión y una oportunidad de reorientar nuestra tradición cultural y de incentivar nuestra probada creatividad, consiguiendo establecer una cultura genuina del protagonismo cívico. Una cultura del protagonismo cívico que, además, nos protegería del riesgo de perder nuestro protagonismo europeo.

Será necesario para ello diseñar una Europa de abajo a arriba, y no de arriba a abajo. Una Europa que se construya sobre lo que quieren los europeos. Una Europa que revise el concepto de lo público. Una Europa que movilice a las instituciones cívicas, y que facilite nuevos canales para que se expresen a través de organismos autónomos. Porque ello aceleraría la apertura de las fronteras intelectuales de Europa, todavía hoy excesivamente tupidas de incomprendiones.

Y los economistas, profetas equivocados muchas veces de nuestras propias incertidumbres y deformaciones intelectuales, deberíamos aceptar como tarea cotidiana algo más que un discutido papel de vendedores de esperanzas de bienestar económico, implicándonos más profundamente en el proceso de invención de una Europa más singular. Menos colonizada por ideologías de escasa profundidad lógica y cultural. Más consciente de sus propios recursos éticos. Y menos comprometida con los compromisos de quienes son esclavos

de una mal entendida eficacia, carente también de cualquier tipo de solidaridad.

Una Europa convergente hacia la excelencia. Más consciente de sus propias responsabilidades y oportunidades de convertirse, una vez más, en espejo del mundo civilizado. En protagonista de nuevas aventuras intelectuales. En defensora del poder de la voluntad libre, frente al poder de la tecnología bélica, de la intransigencia intelectual, y de la rutina perfeccionista de la eficacia material a ultranza.

Una Europa más económica económicamente y menos elitista intelectualmente. Más consciente de su verdadera imagen política, y menos profesionalizada políticamente. Una Europa más de todos, encrucijada obligada de las civilizaciones del mundo, y capaz de hacer frente a los procesos de descivilización emergentes, desde la reflexión cultural del mutuo interesamiento.

Una Europa más atractiva, no sólo hacia dentro, sino singularmente atractiva en el concierto del futuro de la humanidad. Una Europa que vuelva a ser el referente obligado a la hora de diseñar armonías de convivencia general.

Una Europa en la que los intelectuales acepten el papel de especialistas del claroscuro, en el gran debate que hay que abrir sobre el verdadero sentido de la europeidad. Facilitando a los ciudadanos los anteojos con que acercarnos a los compromisos del siglo XXI, y los mapas resultantes de unas nuevas y más adecuadas metodologías y técnicas de interpretación prospectiva.

Propiciando una nueva dimensión del protagonismo cívico, en una sociedad dispuesta a reflexionar conjuntamente sobre sus propias responsabilidades, y a merecer el premio y el fruto de sus propias actuaciones e iniciativas.

Contribuyendo, desde su responsabilidad como traductores de las inquietudes culturales, científicas y económicas de la sociedad en la que se asientan, a renovar y reorientar el papel de aquellas institucio-

nes básicas para la gestación del futuro europeo, entre las que destacan, sin duda, las Universidades, las Academias y las nuevas Fundaciones.

¿POR QUÉ ESPERAR A 1996?

Dentro de esta Europa próxima, la Unión Europea tiene programada para 1996 una conferencia de sus estados miembros, donde se examinará la situación de sus grandes objetivos : la unión económica y monetaria, la situación del proyecto de moneda única, la política común de seguridad, las relaciones con otros países, y la cooperación en temas relacionados con la justicia. Sin embargo, el más ambicioso de los objetivos de esta conferencia intergubernamental, será, sin duda, el de corregir adecuadamente los posibles errores de Maastricht en su proceso de creación de una unión cada vez más firme entre los pueblos de Europa.

Sin entrar ahora en consideraciones sobre cómo favorecen a esta unión los ruidos que se están produciendo, sobre cuestiones tales como «geometría variable», «dos velocidades», «núcleo duro», «Europa a la carta», «círculos concéntricos», sustitución del término *ecu* por el de euromarco, u otras músicas que suenan estos días, lo que sí parece evidente es que lo que haya de discutirse en la conferencia del 96, tendrá como protagonistas a los delegados de los gobiernos, en su calidad de exclusivos representantes de algunos de estos pueblos de la Europa occidental.

De nuevo unos pocos discutiendo el posible futuro de una institución en nombre de todos los europeos, quienes como confirmaron cuando tuvieron ocasión de pronunciarse en referendum, difícilmente consiguen ponerse hoy de acuerdo sobre el presente o lo hacen con notables matizaciones. Pero sobre todo, y también de nuevo, una reunión al más alto nivel, sin un debate previo serio, profundo, multicultural, multinacional, y multiregional, que aflore los problemas reales producidos por nuestra controvertida vocación de europeísmo. Debate

que debiéramos iniciar los españoles cuanto antes y que posiblemente fuera más constructivo, y desde luego más necesario, que el espectáculo de barullo político en que nos estamos implicando muchas veces sin demasiado fundamento.

Quiero, por ello, terminar mi intervención sugiriendo, que desde ahora, y sin esperar a lo que anuncie la conferencia intergubernamental de 1996, iniciemos, favorezcamos, o propiciemos, la creación de grupos de debate, para discutir de forma complementaria a las múltiples reuniones de Bruselas y Estrasburgo y a las del Grupo Ioanina ²⁹, otros asuntos de más hondo calado cívico. Sobre asuntos y problemas a los que la transparencia de los debates pluralistas, y a la vez integrados, de intelectuales y responsables de instituciones y protagonistas de iniciativas cívicas y culturales, podrían dotar de mayor credibilidad, y sin duda de mejor oportunidad de futuro común.

He citado a lo largo de mi intervención alguno de estos problemas. Me he atrevido a insinuar algunas sugerencias al respecto. Incluso a animar a los intelectuales europeos, y especialmente a las Academias, a llevar la antorcha de una nueva europeidad, por los caminos plagados de dificultad del europeísmo europeo.

Y no es que quiera acabar mis reflexiones con un más o menos afortunado juego de palabras y conceptos. Pero Europa es más una idea que merece ser vivida con intensidad, que una realidad geopolí-

²⁹ El 30 de marzo de 1994 se reunieron en esta pequeña ciudad del noroeste de Grecia, cerca de la frontera albanesa, los ministros de Asuntos Exteriores de la Unión, para intentar mantener la llamada regla del 30 % en el proceso de decisión de la futura Europa de dieciseis miembros. La minoría para poder bloquear una decisión en el grupo pasaría así de 23 votos sobre 74 para los doce miembros a 27 sobre 90 para dieciseis. Habiéndose opuesto Londres y Madrid a esta proposición, consiguieron que se aceptase que, en el caso de que la minoría para oponerse a una decisión se encontrara entre 23 y 26 votos, las discusiones deberían continuarse durante un cierto tiempo. Esto implica que Londres y Madrid desempeñarán en las futuras negociaciones un papel de mediadores o moderadores de gran importancia y peso sobre las discusiones institucionales de la Conferencia Intergubernamental de 1996.

tica definida. Aunque también sea un proyecto geopolítico ambicioso, una vocación de unidad, hacia la que deberíamos acercarnos los europeos por los caminos de la democracia, y no por los senderos violentos de la gloria.

Sin embargo, una democracia sin contenidos cívicos, sin implicaciones directas de quienes sienten el europeísmo como una responsabilidad de todos y no de unos pocos representantes de sus gobiernos, es una democracia de baja calidad, plagada, como estamos viendo cada día en Europa entera, de corruptelas y corrupciones, de escándalos e incompetencias. Cuando menos, es una democracia inadecuada a los tiempos que corren.

Necesitamos, por ello, un nuevo impluso ético común, capaz de dar a los europeos, a los pueblos y naciones de Europa, una razón poderosa, más poderosa diría yo que la de la propia supervivencia, para colaborar en sus visiones de Europa. Para caminar por los caminos de Europa. Para compartir los proyectos genuinamente europeos desde sus propias culturas, pero desde un estilo y una ética común, renovada, voluntariamente respetada, y de la que todos nos sintamos, a la vez, responsables y orgullosos.

Porque si en el Quattrocento nació el Renacimiento para abrir nuevos caminos a la ilusión enclaustrada del hombre medieval, el impulso de una nueva europeidad podrá abrirnos, al doblar del siglo, senderos más transparentes, hacia una nueva universalidad europea del mundo.

Una nueva universalidad, en la que el concepto de europeidad se convierta en un estilo singular de comportamiento, cuya principal característica sea, precisamente, la aceptación de los derechos y deberes del protagonismo cívico, valga decir, de la preocupación por la transparencia, y en la exigencia de autenticidad en el comportamiento con los demás. Y no *frente* a los demás.

Y esta nueva europeidad debería, a mi modo de ver, instalar sus anclajes alrededor de un nuevo concepto de la diversidad, menos tri-

butario de las identidades personales o nacionales excluyentes, y más preocupada por las identificaciones incluyentes, es decir capaces de incorporar a las culturas y modos de ser particulares, las condiciones de *sintonía moral* imprescindibles para enriquecerse con otras culturas y visiones de Europa. Identificaciones, que en tanto en cuanto mantengan su carácter de universalidad, permitirán y enriquecerán las sintonías generales. Porque la nueva europeidad debería desempeñar en el mundo del siglo XXI, el papel que el «Quattrocento» desempeñó en el mundo del siglo XV.

En lo inmediato, ello lograría una mejor comprensión, por ejemplo, de la europeidad rusa, canadiense o israelí, y nuevas actitudes de colaboración con los pueblos y ciudadanos de aquellas regiones que, como el euromediterráneo, el extremo oriente, o Africa, se reclaman generalmente de los principios democráticos diseñados en Europa, sin conseguir en cambio una identificación suficiente de intereses comunes.

Todo ello nos debería obligar a incrementar previamente los esfuerzos para ponernos con urgencia de acuerdo dentro del entorno geopolítico europeo, como paso previo insoslayable a la recreación de una atmósfera general de europeidad en el mundo, mucho más atractiva y prometedora que la implantación de «un nuevo orden mundial». Porque, al menos desde mi punto de vista, la armonía mundial ha de ser más la consecuencia de actitudes renacentistas, que de diseños previos sospechosamente jerarquizados.

No me cabe duda, sin embargo, de que algunos mensajes preocupantes del presente europeo pueden empañar esta visión de la europeidad. Visión que algunos, sin duda, calificarán de utópica. Pero como decía Becket, «cuando alguien califica a algo de utópico, preguntadle por qué». Porque muchas veces se confunde la esquizofrenia del pensamiento utópico con el ímpetu liberador de la innovación reflexiva, del conocimiento que quiere convertirse en servidor del hombre, y no en conquistador o manipulador de conciencias. Y el conocimiento de Europa por los europeos está muchas veces empa-

ñado de mensajes demasiado burocráticos o excesivamente ultramarinos.

Tendremos, pues, que limpiar la niebla amarilla ³⁰ de nuestras propias ventanas, antes de que el frío de la desilusión las convierta en duras placas de hielo de la incomprensión y del aislamiento.

Y tendremos que resolver el problema balcánico desde actitudes comunes de imaginación, desde la indignación positiva y firme, y no desde la amenaza de los Tribunales Internacionales, que sólo pueden conseguir traernos el tristísimo recuerdo de un holocausto que nunca debió ocurrir, y que nunca deberá repetirse. Pero, como diríamos en castigado castellano, desde ya.

Tendremos que resolver el problema de la cada vez más preocupante distancia entre los ricos y los pobres de Europa, desde una nueva concepción de la ecología de la riqueza, pero menos preocupada por la redistribución de los recursos obtenidos desde la fiscalidad, y más imaginativa respecto a la diferencia entre éxito y adecuación, entre lo legal y lo legítimo, entre necesidad y aspiración, entre consenso y conveniencia, entre ciudadanía y civilidad.

Tendremos que resolver el problema de la nueva orientación del Tratado de Maastricht desde la europeidad, y no desde el europeísmo unionista. Desde abajo, y no desde arriba. Desde el protagonismo de las instituciones cívicas de nuevo cuño, y no desde criterios obsoletos o impuestos de gobernabilidad. Iluminando con la luz de nuestras inquietudes renacentistas el Tratado de Maastricht, para apreciar las grietas, las inadecuaciones, y las servidumbres internas y externas que pudieran conculcar seriamente su futuro y enclaustrar, al mismo tiempo, nuestras esperanzas de europeos, en un laberinto de incertidumbres y de contradicciones.

³⁰ La expresión de «niebla amarilla» se debe al poeta inglés T.S. Elliot, en aquellos famosos versos de *La Canción de Amor de J. Alfred Prufrock*, «La niebla amarilla que se restriega el lomo en los cristales de las ventanas...», Alianza Tres, Madrid, 1993, p.28.

Y tendremos que hacer esto, y otras muchas cosas, con un nuevo estilo, surgido del debate para aprender, y no exclusivamente para defender a ultranza nuestros particulares puntos de vista.

Es decir, desde una nueva europeidad, paradigma y modelo de una próxima Europa.

DISCURSO DE CONTESTACION POR EL ACADEMICO
NUMERARIO EXCMO. SR. D. CARLOS FERRER SALAT

EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE,
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS,
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Es para mí un gran honor poder contestar al discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras de D. José Angel Sánchez Asiaín, pero al mismo tiempo la satisfacción es grande y la labor compleja.

La satisfacción es grande por la amistad y admiración que siento por él y por haber tratado un tema por el que tengo un especial interés: Europa y su futuro.

La labor es compleja por la enorme extensión de sus actividades y de las inquietudes reflejadas en su discurso.

En primer lugar haré un resumen de sus actividades y luego intentaré evaluar un poco su personalidad.

José Angel Sánchez Asiaín nació en Baracaldo (Vizcaya) en 1929 y lo primero que hay que decir de sus años de estudiante es que se formó en la Universidad de Deusto y esto imprime carácter. Es más, tuvo un maestro, el Padre Bernaola, gran personalidad que inculcaba no sólo hacer la labor con eficacia, sino hacerla con una ética correcta. Posteriormente se doctoró en Economía y por la Universidad Central de Madrid.

Ha ejercido la docencia con intensidad, como profesor en la Universidad de Deusto y como Catedrático de Hacienda Pública y Derecho Fiscal de las Universidades de Valladolid y Bilbao.

Ha dado innumerables conferencias sobre los temas más variados: desde la economía en general, la hacienda pública, la banca o la moneda europea hasta la tecnología, las fundaciones, la pintura, la nutrición o el genoma humano, pasando por el País Vasco, Cataluña y Europa.

Su interés por la docencia va hasta promover la creación del Colegio Libre de Eméritos donde las altas personalidades de las ciencias y de las letras prolongan su actividad docente en beneficio de todos.

José Angel Sánchez Asiaín es un hombre de estudio y de investigación. Ha publicado una gran cantidad de trabajos y escritos de economía y financieros pero también históricos, sociológicos, sobre la salud o sobre las encíclicas.

Pero no contento sólo con escribir él, ha promovido una enorme cantidad de publicaciones y estudios, como Director del Servicio de Estudios del Banco de Bilbao, o creando el Servicio de Estudios del Ministerio de Industria, publicando la Revista Economía Industrial, promoviendo el Servicio de Encuesta de la Coyuntura Industrial, o como Consejero Director del Instituto de Estudios Financieros.

Otros aspectos fundamentales de José Angel Sánchez Asiaín son su experiencia en la Administración Pública y en el mundo financiero y empresarial. En la Administración Pública como Secretario General Técnico del Ministerio de Industria. Como financiero ha realizado una brillante carrera en el Banco de Bilbao, donde entra como economista en el Servicio de Estudios y llegando a Presidente del Consejo de Administración cuando tenía sólo 45 años, pasando por Director General Adjunto, Director General y Consejero Director General. Posteriormente, al lograr la fusión con el Banco de Vizcaya, preside al Banco de Bilbao-Vizcaya. Actualmente es Consejero y miembro de su Comisión Permanente.

Su experiencia de empresario se extiende también en numerosas empresas bancarias e industriales como Iberduero, Altos Hornos de Vizcaya, Enasa o Corporación General Financiera.

Veamos ahora otra faceta muy característica suya, la de promotor cultural. Desde la Presidencia de la Fundación Banco Bilbao-Vizcaya está realizando una labor impresionante que cubre las más variadas actividades culturales y científicas. Pero también promueve diversos aspectos culturales desde la Fundación COTEC para la Innovación Tecnológica, desde NOMISMA, sociedad de Estudios Económicos de Bolonia, el Club de Roma, o la Fundación Europea de la Cultura.

Para completar la visión de sus múltiples actividades hay que destacar su labor en los Patronatos de las Universidades de Comillas, de Salamanca de la Politécnica y Complutense de Madrid o en la Fundación Príncipe de Asturias, Instituto José Ortega y Gasset y otras muchas.

Como consecuencia de su profunda y amplia formación D. José Angel Sánchez Asiaín es uno de los españoles que pertenece a más Academias: la de Ciencias Morales y Políticas, de la Historia, de Bellas Artes, de la de Ciencias y Artes Europea y hoy de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, además de ser Académico Electo de la Academia de Doctores.

Ha sido condecorado con la Gran Cruz del Mérito Civil, es Gran Oficial de la Orden del Mérito de la República Italiana y tiene el Premio Juan Lladó de apoyo a la cultura y a la investigación. Recientemente S.M. el Rey de Suecia le impuso personalmente la antigua y preciada condecoración de la Estrella Polar en su grado de Gran Comendador.

Un último punto quisiera destacar. Es Consejero del Instituto para Obras de Religión (I.O.R.) lo que le permite asesorar financieramente al Vaticano.

Este relato de sus principales actividades debería completarse con unas consideraciones sobre su personalidad.

En primer lugar señalar que es un hombre con unas enormes inquietudes y curiosidad intelectuales. Una vez leí una biografía de Leonardo de Vinci. Decía de él que «estaba corroído por el demonio del conocimiento». Pues bien, José Angel lee un promedio de 4 ó 5 libros por semana, lo que representa más de 200 libros al año. Cuando una vez me lo comentó como una cosa natural y fácil, me quedé asombrado. Por tanto su afán por saber y conocer no tiene límites.

Otra característica suya es la de ser un hombre de acción. No para, organiza, viaja, promueve, programa, ejecuta, controla, persigue, corrige, alienta. Y todo esto en el Banco de Bilbao, en numerosas empresas, en la Administración Pública, en los Centros de Estudio, en las Fundaciones, en la promoción cultural.

Como es natural, el arte no escapa a su interés, ni tampoco la organización del arte, como son los Museos, sobre los que ha realizado numerosas intervenciones.

Esta universalidad de su curiosidad y afán de conocer, esta preocupación profunda e intensa por todas las manifestaciones humanas y este impulso organizador, de hacer planes de acción y de verlos realizados, le identifica plenamente con los personajes del Renacimiento. Es un personaje del Renacimiento.

Hay una última característica suya que quisiera señalar: es su profundo respeto por el seguimiento de unos sólidos principios éticos y por una comprensión y bondad natural que hacen de él un excelente compañero y un buen amigo. Hay que reconocer que en este sentido su manera de ser y de actuar no fue ciertamente siempre compartida por los personajes del Renacimiento.

Pues bien, este impulso de exploración, de análisis, de renovación y de creación característico del Renacimiento es lo que él preconiza para Europa.

En primer lugar analiza la Europa real, tal como es y tal como la perciben sus ciudadanos. Ve una Europa construída de arriba a abajo, no desde la base hacia arriba.

Observa la existencia de un excesivo poder burocrático y tecnopolítico. Afirma que solamente a través de la economía no se integrará, pues Europa es mucho más que un mercado único.

Subraya la pérdida de peso que ha sufrido en el mundo moderno. Comenta la difícil adaptación de los Estados-Nación a las construcciones supranacionales y ve con preocupación los problemas económicos y sobre todo la elevadísima tasa de paro.

Comenta en fin la incertidumbre existente respecto a su futuro, respecto a en qué Europa queremos vivir.

Pero al mismo tiempo resalta los logros obtenidos en los últimos años, que han sido muchos e importantes: el proceso de integración conseguido era impensable hace 50 años. Ello ha hecho progresar nuestra civilización, ha enseñado a cooperar los diversos países que componen la Unión Europea y objetivo inicial fundamental, ha garantizado la paz entre pueblos que llevaban 2000 años haciéndose la guerra.

Prosiguiendo su análisis nos alerta de los peligros que acechan la construcción de la Unión, como un excesivo poder de la burocracia o las dificultades de reformar Europa para adaptarla a las nuevas circunstancias.

Hay otros peligros que evitar, como es el predominio excesivo de carácter cultural que pudiera surgir, o la aparición del fundamentalismo o de la intolerancia. Hay también que superar la actual situación de orfandad ética, que según él, estamos sufriendo.

Analizar en profundidad la actual situación, intuir lo que quieren los europeos, comentar los problemas más importantes, resaltar los grandes éxitos obtenidos y ponernos en vigilante actitud ante los nu-

merosos peligros que nos acechan, es ya de por Si una contribución muy importante al actual debate sobre el presente y futuro de nuestro continente.

Pero el Profesor Sánchez Asiain da un importante paso adelante más. Precisa las grandes líneas sobre las que estima que la futura Unión debería desarrollarse.

Desea una Europa abierta, liberal, que respete la diversidad de culturas e identidades pero que mire más a lo que tienen de común los pueblos europeos que a lo que les separa, que se preocupen más de lo que les puede hacer converger que destacar lo que les hace diverger.

Preconiza la innovación y la capacidad de adaptación al mundo moderno. Y en este contexto está la evolución de los Estados Nación. Ve en ellos lo que tienen que cambiar y lo que deben mantener. Destaca el gran papel que las ciudades deben jugar como centros de cultura y civilización.

Y entra en un tema central, de gran calado, de fuertes repercusiones.

Europa se ha construido de arriba a abajo. Un grupo reducido de altas personalidades, políticos, funcionarios, industriales, académicos y profesionales han dirigido e impulsado la integración europea. Los ciudadanos han ido siguiendo con una cierta pasividad y a veces alejamiento. La Unión no se ha hecho de abajo arriba. Pero esta forma de actuar ha llegado a su límite. De hecho el Referendum danés y posteriormente el francés en 1992 lo demostraron. Desde ahora hay que fomentar la participación de la sociedad civil, de los ciudadanos, de las organizaciones intermedias, culturales, económicas y sociales en el proceso de integración. De lo contrario será muy difícil avanzar, o imposible.

Pero este cambio profundo que hay que realizar en el proceso político y social europeo es un ejemplo más, importante ciertamente,

pero un caso más del apremiante cambio que hay que realizar en la conducción de los asuntos políticos en el mundo moderno.

Describe lo que él llama la «Tercera Alternativa», que consiste en una mayor participación de los ciudadanos en los asuntos públicos. La aparición de una transformación en el sistema, en la forma de llevar los asuntos públicos que fue diseñado según las necesidades y características del siglo XIX.

Vemos un debilitamiento general de la forma en que se lleva a cabo la democracia. Partidos políticos que han gobernado durante décadas se ven debilitados o incluso desaparecen. El Profesor Sánchez Asiaín cree que la democracia debe ejercitarse de una manera más directa, más completa, acudiendo más a los ciudadanos. Estima que hay que seguir completando la democracia, que el proyecto se ha quedado en definitiva a mitad de camino y que hay suficiente madurez para irlo completando.

Estima que esos cambios y deseos deben realizarse en el contexto de un nuevo Renacimiento europeo, de una Revolución cultural política y ética. Cree que Europa debe volver a marcar un hito, debe volver a hacer una aportación substancial al mundo. Y está persuadido además que al igual que en el pasado las Universidades, las Fundaciones y las Academias y en particular la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, tienen un gran papel que jugar, una importante responsabilidad que ejercer en esta labor renovadora.

